

LA FLECHA DE PEDRO

Jairo Rojano Mercado¹

Preámbulo

Esta narrativa costumbrista, santaluciera, narra las vivencias de Pedro Mercado, un trabajador agropecuario que salía de vez en cuando, a la caza de peces en algún lugar del Dique, para llevar el sustento familiar a sus hijos y nietos, que lo acompañaban en los quehaceres de la casa, regentada por su compañera María del Carmen.

Pedro no fue diestro en el tiro de la tarraya para englobar la senada, pero, sí poseía, alto tino en el lanzamiento encomiable de la flecha, competencia atribuida posiblemente a la condición genética biológica y social, dada de manera trascendente en la generación genética guajira, del lado de los cromosomas maternos, provenientes de la Alta Guajira colombiana.

En una de esas salidas de flequeo, desde un barranco en la Pajita, -terreno de la familia Martínez - atinó flechar un pez grande, resultando ser un bagre de gran dimensión, el cual, al sentirse tocado, hizo lo posible para deshacerse del dardo recibido en su cuerpo, haciendo piruetas ondulantes, las cuales al final lo llevaron hasta un remolino que lo absorbió hacia la profundidad infinita, para disolver la alta esperanza del pescador de mostrar ese animal como presa y como trofeo laboral.

La flecha de Pedro

Pedro Mercado, sin ser pescador consuetudinario, disfrutaba algunas veces de esas acciones, apoyado en instrumentos rudimentarios que tenía en un rincón de la casa, una variedad de flechas, algunas con la punta muy filosa, eran de caña brava o un material liviano y arcos hechos de varas de totumo suazao, siendo muy cuidadoso con ellas, no permitiendo que cualquier persona las usara, porque era para su uso exclusivo, demostrando alta destreza en su lanzamiento y precisión sobre el objetivo propuesto, agilidad comparable a la poseída por Eulises en su llegada a Ítaca donde tuvo que enfrentar a los pretendientes de Penélope su esposa, compitiendo con esos intrusos cruzando sin problema los aros en serie, capacidad que les faltó a los intrusos, logrando Ulises, recuperar su esposa y el amor de su hijo Telémaco. De igual forma, Pedro disfrutaba sin dificultad el tino puntual, donde ponía el ojo, entraba su flecha, condición hereditaria llevada en su sangre a través de cromosomas portadores de ADN de la genealogía epinayu, wayú, sangre guajira, de su línea maternal.

Cuando Pedro se decidía a echar una pescaita, preparaba su mochila, calabazo de agua, sus tabacos, acompañados de su fosforera hecha de semillas que viajaban con la corriente del agua, era un kiqui o quiqui, hecho fosforera. Esas semillas grandes acorazonadas, se agarraban, se ponían a secar y se hacía la fosforera con ellas, además, Pedro no olvidaba su macoco, un machetico afilado Colins que siempre lo acompañaba, tomaba las flechas que tenía en el rincón de la casa y el arco indicado, sin

¹ Nacido en Santa Lucía, Atlántico, Colombia.

Correspondencia: drjairorojanomercado@gmail.com

olvidar un manduco que usaba para darle el golpe final al pez cuando era sacado evitando que de pronto se saliera de las manos, brincara y se introdujera nuevamente en el agua como algunas veces ocurría. Pedro, hombre un poco encorvado por desviación de la columna, salía a pie, a realizar su faena de pesca, rezando de manera acostumbrada su oración para proteger su cuerpo y alma, encomendándose al Señor Dios y los Santos, la oración rezaba: San Pablo por ser tan querido de un Dios tan poderoso, que me libre de culebra y animales ponzoñosos. Con esa evocación y como creyente, sentía seguridad ante el peligro que pudiese enfrentar.

Pedro, iba por la orilla del dique tanteando a ver dónde podía flechar algo, encontrando un matorral en un barranco, se sentó, colocó a su lado los implementos que llevaba, quedándose solo con la flecha y el arco en prevención, posición de ataque para evitar improvisaciones en la ejecución del zarpazo. Pedro, fijó su mirada en el agua esperando cualquier movimiento de peces, giraba sigilosamente su cabeza hacia ambos lados, pedazos de troncos secos pasaban, lo mismo que las taruyas, girando en el sentido que le indicaba la corriente de agua. Pedro, seguía vigilante, masticando su pedazo de tabaco, estaba concentrado. Una garza en la orilla del frente, desde la rama donde posaba, se lanzaba algunas veces al agua, atrapando peces pequeños, volviendo a su puesto donde terminaba pasar al buche su presa, lo deglútala, levantando el cuello, haciendo un estiramiento, hasta lograr que la cola del pez se engullera en el buche.

Pedro, concentraba en su mente la esperanza viva de hacer buena pesca, siguió esperando ¡De pronto!... sintió un fuerte y veloz remolinar en el agua. Pedro se quedó impávido, fijó con detalles el remolinar del agua, regresando ésta, nuevamente su accionar, pero,...Pedro sentía algo raro, tenía cierto presentimiento, lo envolvía el manto de la inquietud - diciendo para sí en voz alta - lo que es, es algo raro, algo grande, porque forma remolino visible, cerca de una mata de Lengua de vaca o Buche, el cual dejaba caer sus ramas al agua, notándose movimiento a veces brusco en ella, Pedro enfoca bien el espacio, dándose cuenta que sobresalía una aleta, era una aleta grande, el pez es grande por lo visto,imaginó..., Pedro, se preparó para disparar al animal que giraba en círculos y a la vez, hundía con rapidez, se dio cuenta que era un bagre pintao, dijo alegre - ¡bonito animal, carajo! Ahí va, replicó en el momento en que flotó medio cuerpo sobre el agua, Pedro -emulando a Cupido en el Parnaso - de modo relampagueante lanzó el certero flechazo..... ¡Está cogió, carajo!

El animal al sentir el pinchazo, coleteó, chapuceando fuertemente el agua hundiéndose hasta salir un poco más allá de donde estaba Pedro, quien lo seguía con la mirada y con precaución, notando que la punta de la flecha se acercaba a la orilla, Pedro bajo del barranco, medio resbaló y cayó más abajo, levantándose con brío y ansiedad, notando que la punta del cabo de la flecha formaba círculos en la superficie del agua, el pescador, lo seguía con mirada inquisitiva, no se distrajo en otra cosa ¡acércate, acércate! - decía entre voces - sin desviar la mirada para no perder el rumbo del animal. al cual le seguía los pasos desde la orilla, notando que la punta de la flecha se iba nuevamente acercando hacia donde estaba él, quien desbordado de serenidad esperaba que se acercara más, aflorando la alegría en Pello, quien casi desesperado tanteaba la distancia hacia el animal, extendiendo el brazo para tratar de agarrar la

punta de la flecha, pero, no, no lo pudo lograr y el animal al sentir al conocer la intención de su cazador, coleteó fuertemente levantando chorros de agua que le bañaron la cara a Pedro, turbándole un poco la visión, el pez se hundió por un rato, Pedro miraba hacia todos lados, escrutaba el oleaje de la superficie del agua, hasta que por fin sacó el hocico el pez alejado de la orilla, donde la corriente era fuerte, sacó un poco la cabeza y como si mirara al pescador intencionalmente, hizo que Pedro, moviera su cuerpo, y levantando sus brazos y posando sus dos manos sobre la cabeza, veía melancólico como el animal se alejaba, la punta de la flecha iba hundiéndose de manera acelerada en el agua, lo cual se logró al entrar en un remolino, que presentaba con giros acelerados, formando un cono profundo en el centro, lo que indicaba la fuerza del agua en ese lugar.

En ese momento Pedro por última vez, vio la punta de su flecha. El bagre iba pullao, tratando de deshacerse del pinchazo, hacia giros ondulatorios fuertes que ayudaran a sacar el dardo punzante del pescador.

Ante esa experiencia, Pedro, se quedó plantado, apoyado en su mirada inquisitiva hacia la corriente del dique. soñando despierto aspiraba ver si podía ver el animal, pero fue inútil ¡Bagre pintao bonito! - decía en voz baja -. Cuando el animal entró en el remolino, el cual, como dragón fluvial, se tragó la flecha, y con ella la esperanza de hacer buena faena que serviría de fuente alimenticia de su familia, quien ansiosa estaba esperando el producto de su esfuerzo. Pello Mercao, viendo pasar la corriente del agua, donde brotaban burbujas que se desprendían hacia el cielo, tratando de tomar en sus manos una de esas bolsitas aéreas, para depositar en ella un suspiro de esperanza de algún día cazar una presa que llevara alegría a su familia, como producto de una acción laboral digna de un hombre de esperanza. Pello, dando por terminada su faena, levantó la mirada al cielo, dándole gracias al Señor por permitirle luchar por la vida. Giró su mirada hacia el camino donde inició el flechazo, para recoger sus macundales y regresar a su casa, contarle a su mujer e hijos la hazaña de su intención laboral, luego descansar y programar una nueva jornada familiar en su pedazo de tierra llena de mango de Clase, azúcar, Papo e la reina, Menta, Limón, Piña, fleco Chancleta, Chupa, Pecho e paloma y Manzana entre otros, conocida como Punta roma.

FIN